

REFLEXIÓN SOBRE LA SOSTENIBILIDAD DE LOS PROCESOS DE CULTURA VIVA COMUNITARIA

(y de los procesos pro-culturales en general)

Jairo Adolfo Castrillón Roldán *

El caso Vacaciones Creativas Bellanitas

En el municipio de Bello (Antioquia, Colombia), como resultado de varios factores históricos entre los que se destacan la influencia de los grupos juveniles parroquiales, la presencia de grupos revolucionarios y la acción social de la empresa textil Fabricato, se fue conformando desde los años 70 una dinámica cultural conocida como el Movimiento Cultural Comunitario, con una gran presencia en los diversos barrios de la ciudad.

De este Movimiento nacerían procesos tan importantes como la Corporación REARTE, la construcción de la casa de la cultura Cerro del Ángel, el diseño del Plan de Desarrollo Cultural (que ganaría en 2001 el Premio Nacional a la Gestión Cultural del Ministerio de Cultura de Colombia), los Encuentros de Arte Joven, los grupos de Fogateros y cometeros, los Líderes en Recreación Comunitaria y muchas otras experiencias importantes de acción pro-cultural desde y para la comunidad.

El movimiento de Líderes en Recreación Comunitaria, que acabamos de mencionar, nació de las intervenciones espontáneas que los mediadores culturales barriales del Movimiento Cultural Comunitario de Bello realizaban en las calles de sus barrios, bien bajo pretexto de una fiesta barrial o bien después de un encuentro de fogatas, o por vacaciones.

En 1987 la Administración Municipal de Bello contrató a algunos de estos líderes (tres importantes mujeres del Movimiento) para que organizaran a nombre de municipio las llamadas Vacaciones Creativas Bellanitas. Las líderes, ya para entonces funcionarias públicas, decidieron usar el mismo formato empleado en los barrios, pero bajo la estrategia de formación de formadores. De esta manera fue creciendo el movimiento recreativo de Bello hasta llegar a agrupar a un promedio de 1.300 líderes nuevos (hombres y mujeres de todas las edades, pero especialmente jóvenes), ubicados en cada uno de los barrios del municipio, encargados a su vez de movilizar a un promedio de 22.000 niños y niñas cada semestre, por época de vacaciones, convirtiéndose además en líderes pro-culturales con presencia permanente en los barrios durante todo el año.

En 1997, a diez años de iniciado formalmente el proceso de las Vacaciones Creativas Bellanitas, los líderes recreativos presentaron ante el Alcalde Municipal el proyecto para la realización de la versión número veinte del evento que comprendería 15 días del segundo semestre del año. Cabe agregar que, hasta la fecha, el municipio había invertido en cada semestre sólo 5 millones de pesos (US\$ 2.500), y que por el aumento de los costos los líderes se habían atrevido a duplicar el presupuesto del proyecto a 10 millones de pesos (US\$ 5.000). Ante este incremento tan radical de los costos el Alcalde Municipal se negó a aprobar los recursos reclamando a los líderes comunitarios que este proyecto debería ser

cofinanciado, que los líderes no deberían esperar a toda hora que les estuvieran dando y que deberían entonces hacer el esfuerzo para buscar cooperantes que ayudaran a la ciudad a pagar tal suma de dinero. Los líderes avergonzados accedieron a ponerse en función de conseguir la solicitada cofinanciación con el fin de no interrumpir por este año el proceso, de cuya importancia cultural y social estaban convencidos.

Estando en esto, a uno de los líderes se le ocurrió hacer la cuenta de cuánto le implicaba económicamente a la ciudad el proceso que ellos, de manera voluntaria y comprometida venían haciendo durante los últimos diez años. Empezaron de esta manera las cuentas, para cuya exposición pido al lector un poco de paciencia:

Costos reales del proyecto

Si cuantificamos 1.300 Líderes, con la virtud de ser habitantes de cada barrio, capacitados en recreación comunitaria, con habilidades suficientes para trabajar con niños y niñas, trabajando 15 días de las vacaciones (8 días de capacitación y 8 días de intervención directa), 8 horas diarias, calculando un costo de \$5.000 la hora por persona (US\$ 2,5 la hora), sumaba un costo total de 780 millones de pesos (US\$ 390.000) aportados por los líderes en estos quince días.

Pero las cuentas continúan. Para comprometer a los 22.000 niños y niñas se les pedía una inscripción de \$1.000 a cada uno (medio dólar), lo que sumaba un aporte infantil de 22 millones de pesos (US\$ 11.000).

Las madres de familia del barrio asumían el refrigerio de cada jornada, tanto en las mañanas como en las tardes, entregando a sus hijos y vecinos refrescos caseros y algunas galletas. Calculando 22.000 niños y niñas atendidos durante 8 días a un promedio de \$1.000 diarios (los refrigerios de la mañana y la tarde), el costo asumido por las familias sumaba 176 millones de pesos (US\$ 88.000).

Muchos de los espacios usados como sitio de encuentro pertenecían a las Juntas de Acción Comunal u otras entidades barriales. Calculando un valor de \$200.000 de alquiler del espacio durante los 8 días que duraba la intervención directa de los líderes, multiplicado por un promedio de 80 barrios participantes, sumaba un total de 16 millones de pesos (US\$ 8.000) aportados por las entidades comunitarias.

Otros gastos como uso de carros, compra de materiales para los talleres (pinturas, telas, alambres, papeles, etc.) podrían redondearse en 20 millones de pesos (US\$ 10.000). Justo en este punto podrían ubicarse los recursos que los líderes proponían financiación de la Alcaldía, por no tener el dinero en efectivo para cubrirlos.

La suma de estas cifras daría un total de **1.014 millones de pesos** (US\$ 507.000) de costo real del proyecto, sólo en los quince días correspondientes al segundo semestre de 1997, dato que contrastaba radicalmente con los 10 millones (US\$ 5.000) que los líderes habían presupuestado en el proyecto y que la Alcaldía se había negado a aportar.

Haciendo un cálculo aproximado (sin considerar la inflación y otras variables) podríamos afirmar que el programa tendría un costo anual de alrededor de 2.028 millones de pesos

(US\$ 1'014.000), y una suma en los diez años del programa de aproximadamente 20.280 millones de pesos (US\$ 10'140.000), de los cuales el gobierno municipal podría haber aportado alrededor de 100 millones de pesos (US\$50.000) es decir aproximadamente un cinco por ciento del costo total. El cerca del 95% lo habían asumido la comunidad con su trabajo y compromiso.

Análisis del caso

Esta historia de los Líderes en Recreación Comunitaria de Bello refleja varias cosas:

Primero, la incapacidad que tenemos en las comunidades para calcular el valor real de nuestro trabajo y nuestros aportes a la sociedad. Desconocemos la forma de calcular los costos reales de nuestros proyectos, invisibilizándolos y reflejando sólo los gastos. De esta manera, en un proyecto de 1.014 millones de pesos sólo reflejamos los gastos de los 10 millones de pesos que esperamos ponga la contraparte, quedando en detrimento el altísimo aporte de la comunidad la que sólo aparece como pedigüña e incapaz de gestionar. Esta relación de desventaja se hace más absurda cuando partimos del hecho de que los líderes recreativos de este caso, pretendían realizar un proceso que sería responsabilidad de la administración municipal y sus funcionarios, y no de los líderes comunitarios.

Segundo, el gran desconocimiento de muchos gobernantes sobre la importancia de la participación, lo que conlleva a la falta de voluntad política para apoyar las iniciativas de las comunidades. Esto se refleja en la cicatería de los gobernantes al pensar que hacen un favor al aprobar algún recurso determinado para los proyectos comunitarios.

Y, finalmente, esta historia evidencia la cantidad de dinero que representa el capital social del trabajo comunitario. El Gobierno no tendría el suficiente recurso para pagarle a las y los líderes sociales y culturales y con estos a las comunidades movilizadas diariamente durante tantos años en acciones de mejoramiento de la ciudad y la sociedad, considerando además que le quedaría imposible ubicar a personas profesionalmente más idóneas, conocedoras de las necesidades y los contextos de intervención.

Cuánto costaría a la ciudad la acción pro-cultural comunitaria

Más allá de los beneficios sociales y culturales, que son en realidad los más importantes, ¿cuánto dinero le hubiera representado a la ciudad de Medellín pagar en plata contante todos los gastos y costos de un proceso como, por citar sólo un ejemplo, Barrio Comparsa desde su nacimiento en 1990 hasta hoy?, los conocimientos, la experiencia, la capacidad de convocatoria de una persona como Fernando García, sus acompañantes y sus grupos, insertos de manera real y directa en los barrios, asumiendo todos los riesgos contra la salud y la vida de cada participante. ¿Cuánto costarían los materiales, los refrigerios, las horas de trabajo planeando, diseñando toda la puesta en escena plástica, musical y teatral, los transportes, los salarios de los cientos de participantes en las comparsas durante tantos años? ¿Cómo podrían compensarse sus excelentes resultados a favor de la alegría, la convivencia y el fortalecimiento del tejido social de los barrios de Medellín, el Valle de Aburrá y las demás ciudades por donde han pasado sus zancos, marotes, fanfarrias, sus soles, lunas y estrellas, y sus cientos de personajes fantásticos?

¿Desde 1987 hasta hoy, cuánto dinero costaría sostener, en medio de violencias barriales extremas y reales, una sede y un grupo de teatro como la de Nuestra Gente, acogiendo cada año en su casa amarilla a cientos de personas de todas las edades, dignificando su vida a través del arte?

¿Cuánto costaría sostener la cantidad de promotores culturales que día a día trabajan en las conflictivas laderas de las comunas de Medellín, Son Batá, Crew Peligrosos, Recreando y muchos más? Cientos de procesos distribuidos por toda la ciudad realizando su trabajo pro-cultural comunitario en muy diversas áreas, como Canchimalos, La Polilla, el Circo Medellín, Plathedro, el Área Artística, Corporación Simón Bolívar, Picacho con Futuro, Semiósfera, Con-Vivamos, las bibliotecas populares y comunitarias, los colectivos de comunicaciones, los museos comunitarios, los recreacionistas y varias centenas más de entidades de Cultura Viva Comunitaria, organizadas o no, permanentes o fluctuantes, antiguas o recientes, orientadas a todas las edades, en diversas áreas, pero todas con el compromiso absoluto de no dejar morir la dignidad de la cultura en nuestros barrios.

¿Cuánto debe la ciudad, gobernantes, ciudadanos y empresarios, a estas personas que, en las últimas tres décadas, no han dejado sucumbir nuestros barrios ante la barbarie de las guerras por las que hemos y estamos pasando... Por lograr que en Medellín aún sea posible la esperanza y la alegría, por mantener, contra todo pronóstico, comunidades unidas y vivas?

Es por esta razón que se hace urgente una política pública de visibilización, reconocimiento, fortalecimiento y difusión de la Cultura Viva Comunitaria, que tenga de manera clara estrategias de sostenibilidad de estos procesos.

Sostenibilidad en el contexto neoliberal

Y aparece acá un primer dilema. ¿Cómo hablar de sostenibilidad de procesos pro-culturales en un contexto neoliberal?

El neoliberalismo, gústenos o no, es un modelo económico real, que existe, que tiene sus ideólogos, sus teorías, sus políticas, sus aplicaciones prácticas concretas en distintos países del mundo, y que en esencia postula la liberación máxima del mercado y sus lógicas, sin control ni regulación ni arbitramento del Estado. Parte de la idea de que la economía se regula a sí misma desde la lógica interna de la oferta y la demanda, bajo la figura de una "mano invisible". Busca el crecimiento máximo de la economía, sin límite y a toda costa, y propende por el derrumbe de todas las barreras para la libre circulación del mercado por todo el planeta. Igualmente, gústenos o no, tampoco se puede negar que es justamente éste el modelo adoptado de manera radical por el Estado colombiano en las últimas décadas.

Desde esta perspectiva neoliberal lo cultural (así como la salud, la educación, el deporte, etc.) pasa de ser un derecho que se expresa y se vive en la cotidianidad para convertirse en un potencial y prometedor negocio, en un objeto del mercado, sólo importante en cuanto sea auto-sostenible y genere ganancias económicas. Negocio muchísimo más importante si, además de ser altamente rentable, cumple con la función de entretener (Cultural Entertainment), y en consecuencia adormecer, e impedir el pensamiento y la comprensión de la realidad.

De esta forma, por ejemplo, se espera que las creaciones culturales sean rentables, que un encuentro de promoción de lectura, o un taller artístico con niños ofrezcan ganancias económicas. Que las tradiciones milenarias de comunidades indígenas sólo existan en la medida en que tengan rentabilidad económica, no por razones antropológicas, ni humanas, ni históricas, ni semióticas. Es decir en la medida en que se conviertan, por ejemplo, en espectáculos que pudieran ser pagados por turistas extranjeros.

De esta manera el gobierno y el Estado se desentienden por completo de la garantía de estos derechos del ciudadano y de los pueblos.

Las preguntas serían entonces: ¿quién asume los costos que implica el sostenimiento de prácticas ancestrales, de las comunidades negras e indígenas u otras culturas no occidentales de nuestro país, intrínsecamente no lucrativas? ¿Quién paga por la reivindicación y protección de las memorias, más aún tan urgentes en un país en guerra como el nuestro? ¿Quién cobra por la sonrisa de unos niños, viviendo la alegría del carnaval de su pueblo? ¿Acaso no es éste un derecho fundamental? ¿Cuánto cobramos por la magia de un libro que un promotor de lectura abre para los niños en un barrio popular? ¿A quién le cobramos los asombros? ¿Será realmente posible convertir en negocios del mercado nuestros espacios culturales comunitarios: una biblioteca popular, un centro artístico barrial, una casa de la cultura, o un museo? Y como éstos, pueden surgir muchos más interrogantes.

El hecho de la sostenibilidad se agrava en el ámbito de lo comunitario en el que el ciudadano promedio colombiano carece de los recursos suficientes para cubrir los costos reales que tiene la acción pro-cultural, o carece del interés necesario para el goce de estos derechos por falta de hábitos de consumo, por inaccesibilidad o por tener que dedicar su tiempo de manera permanente a la supervivencia inmediata.

Y por el otro lado de la sostenibilidad aparece otro dilema igualmente importante: ¿Cómo garantizar que los mediadores o gestores culturales que aportan bajo su propio riesgo su tiempo y energía a favor de intereses colectivos comunitarios, resuelvan sus reales problemas económicos cotidianos (pago de servicios, deudas, salud, etc.)? ¿Cómo garantizamos que ejerzan el derecho humano a tener una casa propia, estudio, alimentación digna, posibilidades de ocio (viaje, descanso, recreación personal)? ¿Cómo lograr el derecho humano a una pensión y una vejez digna de todos estos mediadores culturales comunitarios? Todo esto en un contexto en el que no hay quien pague efectivamente el valor real de su importante trabajo. Trabajo que, además, como ya lo habíamos dicho, resulta imprescindible para la supervivencia equilibrada de la sociedad.

Sin duda, el sostenimiento de estas dinámicas deberían estar garantizadas por el Estado, en cooperación con la empresa privada, las cajas de compensación familiar, el sector solidario, la cooperación internacional y demás fuentes de recursos, a partir de un reconocimiento de la imprescindibilidad de estos agentes y de estos procesos culturales en las comunidades para el mejoramiento radical de las sociedades, apostándole a un esquema no lucrativo, con rentabilidad social y cultural mas no económica. Podrían explorarse otras formas de sostenibilidad, pero es imprescindible reconocer la responsabilidad inicial del Estado y la sociedad en general.

El mito del “Estado paternalista”

Ante los planteamientos “post-neoliberales” de que es el Estado quien debe sostener económicamente los procesos de desarrollo cultural, y más aún los comunitarios, aparece a menudo la expresión: “O sea que lo que ustedes quieren es un Estado paternalista”, apelando a la supuesta vergüenza que debería producirnos esta alternativa. No obstante, el Estado neoliberal no tiene problema en ser paternalista para ofrecer subsidios a las empresas lucrativas (como el caso del programa de Agroingreso Seguro en Colombia, por ejemplo), o sostener de manera paternal con inconmensurable cantidad de dólares al sistema financiero (culpable de su propia crisis), o invertir grandísimos porcentajes de su presupuesto Nacional para el sostenimiento de las guerras. Ante esta disyuntiva, debemos responder con tranquilidad, “sí, queremos un Estado paternalista”, que asuma plenamente sus responsabilidades, que garantice la distribución equitativa de los recursos societales en los temas de formación y dignificación de la vida que posibilita la acción pro-cultural.

En un infograma aparecido en el periódico El Tiempo de Colombia, el 24 de septiembre de 2012, se realizó un análisis comparado entre los costos de la guerra y los costos de la paz. Aparecen datos como estos: un fusil galil cuesta \$2'070.000, equivalentes a una trompeta, un violín y un “tambor alegre”, y dispara por minuto el equivalente a 900 huevos. Una sola granada de fragmentación, de las muchas que se lanzan diariamente en los campos de batalla de nuestro país, cuesta \$92.800, más de lo que emplea en alimentarse una persona en pobreza extrema en Colombia. Cada hora de vuelo de un helicóptero de guerra Black Hawk cuesta \$7'800.000, equivalente a un año de educación pública para cinco niños. El tratamiento de un soldado herido en combate (desde que se interna hasta que sale) cuesta en promedio \$160 millones de pesos, equivalentes a cuatro viviendas de interés prioritario (obviamente, a un soldado herido en combate habrá que atenderlo cueste lo que cueste, pero qué bueno hubiera sido que no hubiera que tenido que ir a combate). El presupuesto general de guerra en Colombia equivale al 14% del presupuesto general de la Nación. El movimiento de Cultura Viva Comunitaria sólo está demandando el 0,1% del presupuesto para los procesos y entidades culturales comunitarias (del 5% que recomienda la UNESCO de inversión general en cultura en cada país). Frente a la dificultad real para que lo cultural acceda a estos presupuestos, cabe preguntarse ¿Será que el asesinato entre hermanos para la defensa de intereses particulares (nacionales y extranjeros) es más importante que la vida, la alegría, el conocimiento, la creatividad, la dignidad de la existencia de todos los ciudadanos de nuestro país?

Por otro lado, en una conferencia presentada por el premio Nobel de Economía, Manfred Max-Neef llamada El Mundo en Rumbo de Colisión (que puede consultarse fácilmente en Internet) en diciembre de 2009 en la Universidad internacional de Andalucía, éste argumenta que, mientras aparecía como un acto paternalista imposible de realizar por sus altos costos el alimentar a la humanidad durante un año, siguiendo los cálculos de la FAO, resulta que para reactivar el sistema financiero internacional, salvando bancos privados, se ha gastado de cuenta de las naciones tal cantidad de dinero que hubiera sido suficiente para alimentar y educar a toda la humanidad durante 600 años. Según Max-Neef, las naciones occidentales han gastado 8.15 trillones de dólares en salvar los bancos.

¿A qué se le llama entonces “Estado paternalista”, cuando se le expresa a los gobiernos sus reales responsabilidades con el ciudadano común y con la cultura?

La sostenibilidad como factor de política pública

La sostenibilidad de las dinámicas pro-culturales en general, y a las de la Cultura Viva Comunitaria en particular es un factor de distribución social de la riqueza de un país, en la que deben participar el Estado y las empresas privadas. Por otra parte, en vez de un gasto es una inversión de altísima rentabilidad. Dice el Informe del Índice de Oportunidades Humanas presentado por el Banco Mundial en 2010, que de cada peso invertido en la atención básica a un niño (y sobre todo a una niña), representada en alimentación, educación y acceso a bienes y servicios culturales, la sociedad recuperará 17 pesos a la vuelta de una generación¹ en mayor inteligencia, creatividad y conocimiento de sus futuros ciudadanos y ciudadanas, que se verá reflejado en mayor productividad y gobernabilidad. La sociedad se ahorrará en cárceles, sistema judicial, en hospitales, en corrupción, en campañas cívicas, y muchos otros gastos correctivos.

De esta manera puede concluirse que sin duda el tema de la sostenibilidad es un factor fundamental (quizás el más importante) a ser considerado en el diseño de una política pública para el fortalecimiento de la acción pro-cultural en general y en específico de la acción pro-cultural desarrollada en espacios comunitarios, llamada por nosotros Cultura Viva Comunitaria.

La acción pro-cultural en las comunidades es fundamental para la estabilidad armónica de la sociedad, que debe excluirse del postulado neoliberal del sálvese quien pueda, o de su premisa de que lo que no sobreviva a las fuerzas del mercado no es importante.

Una última reflexión de la sostenibilidad de las dinámicas de la Cultura Viva Comunitaria, que implican la posibilidad que tenemos de pervivir en el tiempo, está representada en tres perspectivas más allá de las financieras: la primera, es la necesidad de definir estrategias que posibiliten el surgimiento de nuevas entidades de Cultura Viva Comunitaria en nuestros barrios, pueblos y veredas. A esto se le suma, en segundo punto, la estrategia fundamental de involucrar no sólo como objetos de nuestro trabajo, sino, sobre todo, como sujetos, a niñas, niños, adolescentes y jóvenes; y, en tercer lugar, la necesidad de creación de programas de formación de mediadores culturales con perspectiva pedagógica y comunitaria. Estos tres factores, desde mi punto de vista, también deberían contemplarse de manera prioritaria en una política pública para la sostenibilidad.

A manera de síntesis

La acción en favor de la cultura es fundamental en la construcción de la sociedad y la humanidad. La cultura, es el fundamento de la nacionalidad así como el factor que define nuestra especie humana. Debemos partir de este axioma que permite valorar nuestra presencia social como algo fundamental. Si nosotros mismos no tenemos esto claro, será imposible que la sociedad y más aún la clase política comprendan la importancia del papel de la cultura y la acción pro-cultural.

¹ Informe sobre la oportunidad humana en América Latina y el Caribe 2010. Banco Mundial.

En consecuencia, para la pervivencia de los procesos de Cultura Viva Comunitaria es fundamental definir estrategias de sostenibilidad a través del diseño de políticas públicas que permitan coordinar distintas estrategias de acción y distintas fuentes de recursos.

Si bien es necesario que sigamos explorando distintas formas de autosostenibilidad, que impliquen incluso el mercadeo de algunos de nuestros productos y servicios, no debemos desconocer la dimensión del aporte económico que ya lleva intrínseca nuestra presencia en el espacio barrial. No podemos subvalorar estos aportes cotidianos que muchas veces se vuelven de magnitudes incalculables. Debemos saber definir en nuestros proyectos todos los costos reales de lo que aportamos. Esta conciencia y certeza nos da los argumentos suficientes para convocar la cogestión de los procesos a los demás estamentos sociales.

Debemos a su vez definir estrategias de generación de voluntad política en los gobernantes, convenciéndolos la grandísima riqueza económica que representa para la ciudad el capital social del trabajo comunitario casi siempre voluntario o de bajo costo. Debemos asumir además que no es posible sostener todas estas importantes dinámicas barriales sin la inversión del Estado y sin la responsabilidad de la empresa privada. Esto implica, entonces, garantizar a los ciudadanos el cumplimiento de su derecho de realizarse en la cultura, garantizar la sostenibilidad financiera de las entidades y los procesos, y garantizar el derecho de los gestores y mediadores a una vida económicamente digna.

Esto implica la posibilidad de nacimiento permanente de entidades de Cultura Viva Comunitaria, a partir de la inversión económica, el apadrinamiento solidario de las entidades fuertes frente las más débiles, la creación de espacios de formación de gestores y mediadores culturales y la implicación de niñas, niños, adolescentes y jóvenes a las dinámicas de la cultura y el compromiso con la comunidad.

Una política pública que apunte a la sostenibilidad de las entidades, los mediadores y los procesos a favor de la cultura y en especial de la Cultura Viva Comunitaria es la estrategia fundamental en la construcción de una ciudad creativa, sensible, solidaria, expresiva e inteligente. Lúdica, **imaginativa** y curiosa. Una ciudad con tejido social fuerte que les permita a sus pobladores resistir todas las adversidades y compartir todas las prosperidades. Una ciudad a escala humana, construida cooperativamente entre todos, los gobiernos, las empresas, las organizaciones ciudadanas, el sector solidario, las comunidades, cada uno dando su aporte. En síntesis una ciudad en la que la felicidad para todos los hombres y las mujeres sea posible.

*** Jairo Adolfo Castrillón Roldán**

Comunicador Social Periodista con Maestría en Educación. Especialista en Gestión y Políticas Culturales de la Universidad de Barcelona (España) y Especialista en Animación Sociocultural y Pedagogía Social. Fue asesor en stage de la Unidad de Políticas Culturales para el Desarrollo, de la UNESCO (París, Francia). Trabajó durante tres años en la Dirección de Etnocultura y Fomento Regional del Ministerio de Cultura de Colombia, como Coordinador de Casas de la Cultura (Bogotá). Docente universitario, asesor y conferencista en temas de cultura, comunicación y educación; y actualmente es Coordinador Académico de la Corporación Cultural Semiósfera, responsable de los Diplomados en Gestión y Mediación Cultural de dicha entidad.